

LOS PASOS DEL FOLKLORE COLOMBIANO

Escribe: MANUEL ZAPATA OLIVELLA

EL FOLKLORE ANDINO

El *Bambuco* y la *Guabina* representan el baile y la música del folclore de los Andes colombianos. Tres elementos muy definidos les caracterizan: la acentuada influencia española, la melodía y la copla inspirada. La raíz española la denuncian la guitarra y el tiple, entre los instrumentos; la danza no solo los asemeja a muchos bailes peninsulares, sino que los emparenta con la *cueca* chilena, el *punto guanacasteco* costarricense, el *zoropo* venezolano, el *huapango* de México y en general, con el folclore mestizo de toda Hispanoamérica. Y por último, el acento hispano de la copla picaresca.

En menor escala, pero siempre manifiestos, tienen influencias indígenas y negras. El indio se asoma en la melodía para expresar su queja, el dolor de la conquista y la proscripción, voluntaria o violenta de la sociedad. La voz del cantante ha venido a desplazar las flautas y pífanos que otrora entonaban en sus fiestas y guazabaras. En algunas poblaciones campesinas de Boyacá, Cundinamarca y Tolima, suele escucharse aún la flauta, en las más sentidas melodías del *Bambuco* y la *Guabina*.

El nombre de *Bambuco* reclama la mención del negro. Viene aquí del caso anotar que en el litoral Pacífico, el *Currulao* recibe la denominación de *Bambuco* y nada tan eminentemente africano como él, expresión viva de instrumentos y ritmos traídos por los esclavos. Existe toda una gama de transición del *Currulao* al *Bambuco andino*, entre los pueblos de valles y vertientes hasta llegar al altiplano. En la medida en que el mestizaje español predominaba sobre el negro, el *Bambuco* fue perdiendo su primitiva fisonomía y ya olvidado de la marimba, en Antioquia, en Caldas y Cundinamarca, apenas si recuerda la vieja ruta de esclavos y conquistadores que lo transmontaron a los Andes. El *Bambuco de plaza* del Valle del Cauca, eslabón intermedio entre el *Currulao* y el *Bambuco andino*, revela un equilibrado aporte de lo hispano y lo negro que se pierde en las vertientes y altiplanos, pues en éstos la raigambre negra parece ser desplazada por la sangre india del mestizo andino.

En la *Guabina*, que no es más que una variación del *Bambuco*, se manifiesta más claramente la superposición del indio sobre el negro y se

enraiza en los departamentos donde el indígena persistió rebelde. El Tolima parece ser el centro de esta integración, gracias a la supervivencia de la raza nativa y a su orgullosa actitud frente al conquistador. El folklóre en este caso, como siempre, señala con más exactitud la historia de los pueblos. Hay gran diferencia entre el modo de rasgar y expresarse del tiple tolimense que interpreta la *Guabina*, para sostener una queja de amor o gritar el hondo sentimiento terrígeno y ese otro que acude con los tipleros cundinamarqueses a reclamar los milagros de la Virgen de Chiquinquirá. Y es también muy suyo el paso trotón que le marca el Galerón llanero, abierto y bullicioso como sus caballos desbocados. Son maneras de ser indios, de expresarse en la canción.

En ninguna otra música colombiana se revela claramente la mano modeladora del conquistador, primero —con su tiple, con su copla, con su baile— y posteriormente, con las formas musicales escritas. No en vano los mejores músicos colombianos le dieron su talento, puliendo la tonadilla popular, enmarcándola en partituras que le permitieron difundirse en todo el país. Antonio María Valencia, Luis Antonio Escobar y otros, la vertieron a la música sinfónica. No han tenido igual fortuna los demás aires musicales colombianos, sin que esto signifique que en su aliento popular no haya inspiración honda y sentida que pueda ser temática riquísima de composiciones populares y sinfónicas. Solo que la falta de educación musical clásica en nuestras provincias, ha retardado el proceso de evolución cultural operado en la capital de la república. Podría aducirse para contrariar estas opiniones, que los centros musicales de Bogotá no han estado cerrados nunca al estudiante de provincia, pero si esto es certísimo, no menos lo es el hecho que en el pasado, las circunstancias para venir a cursar estudios a la capital eran muy onerosas, y que solo actualmente, gracias a la expansión de las vías y medios de transportes, es cuando se ha establecido una verdadera migración estudiantil que ya comienza a dar sus primeros frutos tanto en la composición como en la ejecución instrumental. Consideramos que no demorará el día en que jóvenes compositores de todo el país puedan llevar al arte sinfónico la tonadilla que les adormeció en la cuna o la canción campesina que inspiró sus primeros versos de amor.

Lo mismo aconteció en la popularización del *Bambuco* y la *Guabina*, mientras otras formas musicales provincianas permanecieron desconocidas hasta hace pocos años, cuando el advenimiento de la radio les brindó la oportunidad de abandonar las rancherías y hacerse presentes nacionalmente. De aquí el indiscutible derecho que tiene el *Bambuco* de haber sido considerado como el canto representativo de la música colombiana. Y así era, en efecto, hasta hace poco, cuando el desconocimiento de la variadísima gama folklórica nacional no había empinado su aliento para reclamar un señalado lugar en la representación musical del alma colombiana.